



LA CONDESA DE MOTRICO, ESPOSA DEL EMBAJADOR DE ESPAÑA EN LA ARGENTINA, RECIBE A LOS ASISTENTES AL BRILLANTE ACTO



MÁS DE UN CENTENAR DE DESCENDIENTES DE LINIERS Y DE ALZAGA, QUE PERTENECEN A LAS MÁS NOBLES FAMILIAS ARGENTINAS, ASISTIERON A LA RECEPCIÓN



EL EXCMO. SEÑOR DON JOSE MARIA AREILZA, EMBAJADOR DE ESPAÑA EN LA ARGENTINA, PRONUNCIÓ UN MAGNÍFICO DISCURSO EN EL QUE ELOGIO LA NOBLE ESTIRPE DE LOS LINIERS Y DE LOS ALZAGA



EL EX MINISTRO DE ASUNTOS EXTERIORES ARGENTINO, DOCTOR RUIZ GUIÑAZU, LEE UNA SEMBLANZA BIOGRÁFICA DE LOS HOMENAJEADOS

La reconquista y defensa de Buenos Aires

UNA CONMEMORACION HISTORICA

Las fechas de 1806 y 1807 son decisivas en la historia del Río de la Plata. En esos años, los últimos del virreinato hispano, intentaron por dos veces las tropas y la Armada británicas el dominio de Buenos Aires y Montevideo para crear en el estuario una colonia de alto valor comercial y estratégico, eslabonando la universal cadena de su Imperio creciente. La experiencia de Sudáfrica, donde el Cabo de Buena Esperanza cayó en sus manos a virtud de un golpe de audacia, les envalentonó, hasta el punto de juzgar la repetición en Buenos Aires, perfectamente viable. Las escuadras inglesas y sus tropas de desembarco ocuparon, en efecto, la ciudad y su puerto en 1806. Pero la reacción española no se hizo esperar. Un ilustre marino de cuna francesa —Santiago de Liniers—, al servicio de la Corona de España desde sus años mozos, dirigió las operaciones de reconquista desde la banda oriental. Desembarcado en Tigre con escasas fuerzas, marchó en rescate de la capital ocupada, sumando en el camino a miles de voluntarios hispano-criollos a la gloriosa y temeraria aventura. A los pocos días de combates sangrientos en plena ciudad, los ingleses capitulaban en masa, y el pabellón rojo y gualda volvía a ondear en la Real Fortaleza de Buenos Aires. Gran Bretaña no cejó en el empeño, que le parecía vital y estratégicamente oportuno, teniendo en cuenta la lucha antinapoléonica en que estaba empeñada y nuestra —entonces— estrecha alianza con Francia. Meses más tarde volvieron a desembarcar las fuerzas inglesas en Ruilmes, cerca de Buenos Aires, para atacar la ciudad y tomarse el desquite. Los soldados de la guarnición y los magníficos tercios de voluntarios —gallegos, asturianos, vascos, castellanos y catalanes—, organizados



ANTIGUO GRABADO QUE REPRODUCE EL FUSTRADO ATAQUE DE LOS INGLESES A LA CIUDAD DE BUENOS AIRES, EN EL AÑO 1807

en milicia activa, volvieron a salvar la ciudad del dominio británico.

Liniers era ya Virrey en esta segunda fecha, y sobre él recayó el mando militar de la defensa porteña. Pero junto a él hubo antes y en esta ocasión otra gran figura civil, que fué como el alma ciudadana de las dos batallas, el espíritu tenaz, organizador, valeroso e inteligente, que hizo posible el milagro de convertir a los pacíficos burgueses en soldados aguerridos, trocando las casas en baluartes, las iglesias en fortines y las calles en fosos defensivos. Este prócer insigne se llamó Martín de Alzaga y era un rico comerciante alavés —del valle de Aramayona—, radicado desde muchos años en las tierras feraces del Plata. Liniers y Alzaga forman,

pues, la pareja que simboliza el gran suceso histórico.

En la tarde de un sábado de agosto último, la Embajada de España en Buenos Aires, fué lugar de reunión de una distinguidísima concurrencia. Se encontraban allí los numerosos descendientes de dos próceres de la Historia: Santiago de Liniers, que hizo posible la Argentina de 1812 porque sacudió bizarramente a los invasores del Virreinato español del Río de la Plata en 1808, y Tomás de Alzaga, héroe civil que regía el Municipio. Los Liniers y Alzaga, a lo largo de siglo y cuarto, han participado en muchas actividades notorias de la vida de este país. Dicho sábado, la actual generación, se congregó para asistir a una ceremonia sencilla, pero de profunda emoción: el Embajador, don José María de Areilza, ha querido que las efigies de Liniers y de Alzaga figuren en el salón principal de la casa, honrando así su memoria.

Más de un centenar de familiares de los ilustres linajes escuchó la palabra del Embajador español que, al colocar los cuadros en sitio destacado, se dirigió a tan distinguida asamblea en estos términos:

COMO una antorcha encendida que pasa de mano en mano así los linajes se van transmitiendo de generación en generación, el mensaje de su hidalguía y la ejecutoria de sus hazañas. En este acto sencillo y emotivo queremos rendir homenaje a dos ilustres próceres de antaño: don Santiago de Liniers y don Martín de Alzaga, virrey y alcalde, respectivamente, que salvaron con su denuedo y su valentía, en dos ocasiones, la ciudad de Buenos Aires de manos del invasor. Y he querido que sea precisamente una personalidad argentina insigne, don Enrique Ruiz Guiñazú, quien trace, como historiador y académico, la semblanza de estas figuras ante vosotros, los que lleváis en las venas la sangre de estos héroes, y en vuestra memoria el culto familiar a los antepasados.

Estos nombres no se eligieron al azar, ni es el propósito de inmortalizar sus efigies en estas paredes arbitrario o episódico. Los nombres de Liniers y Alzaga y su evocación conjunta tiene la finalidad de perpetuar el recuerdo de dos grandes servidores del Imperio español en los estertores de aquél, que fueron leales a su Patria y a su Rey, a su fe y a su bandera, y que, por serlo, supieron luchar contra el invasor enemigo, que amenazaba la existencia de la vieja capital porteña, y reconquistaron primero y defendieron después al Buenos Aires virreinal, que era ya el Buenos Aires criollo y en cuyas calles y plazas públicas palpaba el espíritu de esta gran urbe universal de hoy día, como en el grano de la semilla está configurado el ár-



EXCMO. SR. D. SANTIAGO LINIERS Y BREMOND, VIRREY DEL RÍO DE LA PLATA



ILMO. SR. D. MARTIN DE ALZAGA Y OLAVARRIA, ALCALDE DEL PRIMER CABILDO DE BUENOS AIRES

bol gigantesco del mañana.

Pero no es esto sólo. Es que Liniers y Alzaga fueron además —acaso sin saberlo— precursores. Su lección de heroísmo militar y civil, que permitió la victoria sobre el invasor, se logró solamente superando las tremendas deficiencias de maquinaria administrativa del Imperio español, que ya en la decadencia irremediable del ocaso se hallaba oxidada en todas las juntas. Liniers y Alzaga saltaron por encima de las leyes y reglamentos, de la autoridad del virrey y del gobernador para salvar la ciudad y con ella el Río de la Plata entero

de la dominación británica. Y lo lograron. Pero al hacerlo descubrieron también para ellos y para los demás que en esta libertad de movimientos, en esta autonomía de decisiones estaba la única defensa posible para el futuro contra amenazas y enemigos. Y así se descubrió la Patria argentina, que nació entonces, como se crean todas las grandes obras humanas, entre el fragor de la lucha y la estela innumerable de los sacrificios. Por eso, las figuras de Liniers y Alzaga son, a un tiempo, representación de la postrera gloria de España en tierra argentina y de la primera gloria argentina en carne española.

Liniers era francés y marino. Alzaga era hidalgo vasco y cabildante. Uno y otro eran nobles. Han subrayado algunos que el virrey fuera un francés al servicio de España. Pero en eso consistió precisamente el Imperio de España cuando durante tres siglos gobernó el mundo. En ser una idea, una

misión, un ideal de vida al servicio de los más altos fines trascendentales. Y a esa misión, a ese destino universal, lo podían servir, de todos los linajes y de todas las sangres. Nuestra Marina, desde Colón y Andrea Doria hasta Gravina y Liniers, tuvo almirantes de sangre no española; pero que fueron tan nuestros en sus hazañas y conductas como lo pudo ser cualquier castellano de vieja cepa. España nunca creyó en las razas, sino en el espíritu, y por eso el servicio al Rey era una caballería andante en la que podían alistarse los nobles y los soldados de todo el mundo. Así era —y así es— la bandera de España, universal y abierta a todos los que sirvan su ideal, nunca mezquino, terruñero o exclusivista y, al fin y a la postre, vuestra ancha generosidad criolla, que abre los pliegues de vuestra bandera a hombres de todas las razas y pueblos que la sirvan con lealtad, no es sino el trasunto heredado de aquella vieja misión que un día cobijara bajo sus colores el pabellón de España.

Alzaga era patricio, hijodalgo y Alcalde. También en esto hemos querido que sirviera de ejemplo. Pues los Cabildos que España trajera a estas tierras como núcleos formativos de la ciudadanía futura son el alcaide de la tradición política española. Con los Municipios se hizo nuestra historia civil. Con los Cabildos de Castilla y Aragón se fueron organizando las libertades del hombre



ESTAS FOTOGRAFÍAS RECOGEN DOS MOMENTOS DE LA RECEPCIÓN CELEBRADA EN LA EMBAJADA DE ESPAÑA EN BUENOS AIRES, CON MOTIVO DE LA COLOCACIÓN EN SUS SALONES DE LOS RETRATOS DE LINIERS Y DE ALZAGA



y las prerrogativas del Poder. En los municipios se apoyan las Reyes cuando quieren luchar contra la rebeldía de los poderosos. Un Alcalde —el de Zalamea— es elevado a la categoría de símbolo supremo por Calderón para encarnar el honor castellano, y otro Alcalde —el de Móstoles— declara la guerra a Napoleón y a los franceses en 1808 y levanta en armas a toda España. ¡Que sea otro gran Alcalde, Martín de Alzaga, el que entre en la Historia por derecho propio como el héroe civil que salvó una ciudad y echó los fundamentos de una Patria!

¡Un militar y un Alcalde! ¡Símbolos exactos del pasado español! Y ambos, hidalgos, como lo señalan sus blasones, y nobles, porque así lo dispuso el Rey. Quiero, para terminar, decir dos palabras sobre esta hidalguía y esta nobleza. A la nobleza española la llamó un escritor, agudamente, «síntesis del tiempo con el heroísmo». Entendiendo que el heroísmo no consiste sólo en el riesgo extremo de la existencia, sino también muchas veces en acomodarse a la estrechez de una vida oscura sin perder el decoro, o la dignidad o el honor. Pero lo característico de la hidalguía, como fórmula de vida española, es que la hidalguía no se mide en posesión de bienes, como se hace para distinguir al proletario del burgués, sino en otra escala distinta de valores, entre los que descuellan la virtud, la conducta y, en definitiva, el honor como norma de convivencia social.

El hidalgo español —decía Schiller— no paga a la sociedad con lo que hace, sino con lo que es. O, como dijo Quevedo: «Nadie pensaba entonces cuánta edad vivía, sino de qué manera.» Y el individuo y la sociedad, compenetrados, se influían mutuamente con la doble prestación de la ejemplaridad de las costumbres y del honor, que operaba como la sangre del cuerpo social.

La nobleza era, pues, virtud. La virtud se cifraba en conducta, en obras. Y los antepasados, como los escudos y blasones— contra lo que una corriente de opinión supone—, nunca fueron privilegios de cuna, ni derechos heredados, sino por el contrario, como un crédito de confianza que la sociedad abre al descendiente para exigirle que sea leal con su linaje, con sus escudos y con su herencia, que son, a la vez, un mandato de la sangre y un imperativo del honor. Y así pudo decir nuestro clásico:

Mis obras, no mis abuelos
me harán subir a los cielos.

Aquí están, señores, para terminar, uno junto a otro, nuestros dos héroes y nobles de antaño.

Fueron entre sí enemigos mortales, pero sirvieron noblemente a la misma causa. Murieron con ejemplar lealtad a su bandera; pero hoy podemos envolver amorosamente sus retratos con las dos banderas entrelazadas y unidas. Fundaron con sus hazañas un linaje y una estirpe, que se congrega aquí tan digna y brillantemente representada. Estoy seguro que sus espíritus nos acompañan en este momento y se complacen, desde el más allá, en esta ceremonia. Si pudiesen mandarnos un mensaje, yo imagino que diría, poco más o menos: «Que nuestro heroísmo y nuestro sacrificio fecunden la sangre de nuestra estirpe y la del pueblo entero de la Nación con un amor fraterno e indestructible entre la Argentina y España.»

* * *

Cuando el señor Areilza acabó su discurso, pronunciado en tono menor, a veces confidencial, como en familia, los concurrentes le dedicaron una ovación prolongada y desfilaron para estrecharle la mano y felicitarle personalmente.

Luego, el señor Ruiz-Guiñazú, personalidad tan destacada en los estudios históricos y en las relaciones hispano-argentinas, leyó una semblanza biográfica de los homenajeados.

La fiesta de sociedad celebrada finalmente, en la que la condesa de Motrico atendió a las damas visitantes, fué muy brillante.